

## INTRODUCCIÓN

**N**ADIE puede negar que los Estados Unidos son un gran país. Teniendo en cuenta que su superficie es cuarenta veces mayor que la del Reino Unido, su área geográfica resulta impresionante, y su diversidad aún más. Los Estados Unidos no son enormes solo en superficie, sino en todo lo que hacen: sus guerras, sus éxitos, sus antológicas meteduras de pata, su individualidad, su irrefrenable deseo de establecer tendencias, su decidida capacidad para ir contra el *statu quo* en nombre de la libertad individual, su espíritu emprendedor y su capacidad para la invención y la innovación.

Vivimos en la aldea global. Los Estados Unidos se hallan presentes en la ropa que vestimos, la comida con la que nos alimentamos, la música que escuchamos o la red por la que navegamos. Están por todas partes. Es innegable que los Estados Unidos han sido y son uno de los países más influyentes del mundo. Desde sus libros y películas y sus muchísimos inventos, los EE. UU. se han abierto paso rápidamente en la conciencia colectiva de la mayoría del mundo moderno.

Junto con la Revolución francesa, a la que preceden de manera inmediata, la guerra de la Independencia y la posterior fundación de los Estados Unidos son un hito que inaugura la Edad Contemporánea: por primera vez el ser humano podía partir de cero y establecer un «contrato social» sobre el que basar una nación que confiaba en la ley por encima de las monarquías, las iglesias y las tradiciones.

No se puede entender la historia del mundo contemporáneo sin tener en cuenta el lugar que en ella les corresponde a los Estados Unidos de América. Ni se puede conocer la marcha actual de la política norteamericana sin conocer sus antecedentes históricos.

La historia de los Estados Unidos es mucho más que franjas y estrellas. Es la suma de las vidas de toda la gente que ha vivido allí desde su creación, hace

más de doscientos años, y antes de ella. Es la suma de los acontecimientos culturales, artísticos, sociales, políticos que han tenido lugar en su territorio; es la suma de sus expansiones, sus crisis económicas, de sus euforias colectivas y de su ardua lucha por los derechos humanos. Y es también la suma de todos los que han muerto por ella en exterminios, linchamientos y guerras.

Cuando los primeros colonos llegaron a los Estados Unidos y comenzaron a buscarse la vida en aquel entorno natural, tan duro y poco familiar para gentes procedentes de Europa, jamás habrían podido soñar que, algún día, esa tierra que pisaban se convertiría en uno de los países más poderosos del mundo.

La historia de Estados Unidos toma como partida la América colonial con la llegada de los primeros europeos, atraídos por la promesa del lucro económico se trata las tensiones inherentes de un país levantado sobre el trabajo de esclavos en nombre de la libertad, un país forzado a afirmar su unidad y reevaluar sus unidades ante la secesión y la guerra civil.

Cuando la América colonial se enfrentó en la guerra franco-india a Francia y los británicos acudieron al rescate de sus colonias, jamás habrían podido soñar que, al cabo de pocas décadas, los americanos se revolverían contra la propia Gran Bretaña, se liberarían de sus cadenas y se declararían a sí mismos como un país independiente y con su propio concepto de sociedad.

La idea que nos ha sido legada de la independencia de Estados Unidos es la de una rebelión contenida, justa y sujeta a unos cauces ordenados, protagonizada por patriotas en defensa de sus nobles ideales frente a un imperio opresor que gozaba del monopolio de la violencia, un relato inspirador y estimulante que los fundadores hicieron todo lo posible por alimentar tras la guerra. Sin embargo, la revolución no fue solo una batalla en la que dirimir principios morales, también fue una desgarradora y encarnizada guerra civil que dio forma a la nación de maneras que tan solo hemos empezado a vislumbrar.

Aunque, en honor a la verdad, el relato tradicional de la revolución no fue tal y como nos lo han contado. Lo cierto es que los patriotas americanos persiguieron y torturaron a lealistas, los casacas rojas británicos masacraron a enemigos y violaron a mujeres, George Washington emprendió una guerra genocida contra los iroqueses... Las naciones rara vez se forjan sin derramamiento de sangre. La historia de Estados Unidos es la de un país que, pese a su exigüidad, se encuentra grabada ya en todo el mundo.

Han sido siglos de lucha. El país norteamericano ha sufrido derrotas sangrientas y tremendas victorias. Han surgido tanto héroes como villanos que se han alzado para emprender acciones inimaginables que el resto del

mundo no se atrevía a encarar. A través de la revolución y la guerra civil, las protestas y la depresión, la colonización y la tragedia, desde la colonia perdida de Roanoke hasta la guerra contra el terror del terrorismo, los Estados Unidos han emergido y siguen siendo una superpotencia militar, un pionero cultural y, por encima de todo, la tierra de la libertad. El hogar de los valientes.

Reclamar una identidad en los Estados Unidos es, tanto para la nación como para el individuo, un empeño plagado de dificultades y desafíos pero con cada vez menos compromisos políticos o culturales. Comprender cómo un grupo de colonias débilmente conectadas que dependían tan profundamente de la mano de obra esclava llegó al punto de unirse para derrotar a una potencia colonial en nombre de la libertad e igualdad requiere tener en cuenta los múltiples y diversos impulsos contemporáneos que condujeron a una postura contradictoria, de los cuales no fue el menor de ellos la temprana consolidación de la relación entre conflicto e identidad del Nuevo Mundo que forjaron los colonos con respecto a los nativos de este y al poder imperial.

El imperialismo de Estados Unidos empezó con la expansión hacia el Oeste, contra los nativos americanos y la llamada doctrina del Destino Manifiesto (1845), según la cual EE. UU. estaba «destinado por Dios» a extenderse por todo el continente.

Pero la primera intervención de peso contra un gobierno extranjero sería la guerra mexicano-estadounidense (1846-1848), bajo la presidencia de James K. Polk, por la cual se produjeron las anexiones de Texas, California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah, Colorado y parte de Wyoming.

Medio siglo más tarde estalló la guerra hispano-estadounidense (abril-agosto de 1898), para nosotros guerra de Cuba o Desastre del 98, bajo la presidencia de William McKinley, y luego la subsiguiente guerra filipino-estadounidense (1899-1902), que incitó McKinley y ganó su sucesor y vicepresidente, Theodore Roosevelt. Ambas supusieron para España la pérdida de lo que quedaba de su imperio colonial: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. Esta república del Nuevo Mundo alberga hoy a más de trescientos millones de personas. Es la tercera nación más grande del mundo, tanto en términos demográficos como geográficos. Solo China e India cuentan con poblaciones mayores; solo Canadá y Rusia son físicamente más grandes. La extensión geográfica y oceánica de los Estados Unidos, con 9 826 675 kilómetros cuadrados, constituye aun así el doble de la Unión Europea.

El grueso de la población de los Estados Unidos (más del 80 %) es urbana. Y más del 80 % de dicha población declara el inglés como su primer idioma, seguido de un 10 % para el español. De esa población, la mayoría se clasifica

todavía como blanca (casi un 80 %), cerca del 13 % como negra, un 4 % aproximadamente como asiática y un 15 % como hispana.

La cuestión de la clasificación étnica es algo más que una peculiaridad censal, no obstante. Tiene que ver directamente con la cuestión de la identidad nacional estadounidense, con qué significa ser «norteamericano» y qué representa la nación. Los nativos americanos, por ejemplo, que engloban menos del 1 % de la población, constituyen aun así dos millones de personas, repartidas a su vez en cientos de unidades tribales.

Estados Unidos es la economía nacional más grande del planeta en términos de producto interior bruto. En apenas doscientos años, la historia de Estados Unidos ha experimentado una evolución de vértigo: comenzó como un reducto de pequeñas colonias británicas para alcanzar a convertirse en la potencia hegemónica que es hoy día. Un desarrollo inicial marcado por batallas contra el invasor inglés, cruentas guerras civiles, confrontaciones raciales y ansias de expansión territorial. Pero también de numerosas curiosidades y anécdotas desconocidas por el gran público que recoge *Historia oculta de Estados Unidos*.

¿Sabías que los españoles fundaron la primera ciudad de EE. UU.? ¿Que una planta como el té motivó la guerra de Independencia contra los ingleses? ¿Que una rodaja de sandía propició una intervención estadounidense en Panamá? ¿Que la murciana Cartagena solicitó integrarse en el país, atraída por el imperio yanqui? ¿Que Estados Unidos tuvo un emperador? ¿Que Washington es un compendio de simbología masónica? ¿Que una buena parte de presidentes de EE. UU. se han dejado asesorar por videntes y médiums?

*Historia oculta de Estados Unidos* focaliza básicamente su atención en los primeros años de consolidación del país americano, en el nacimiento de una nación que estableció las bases para llegar a ser la potencia mundial, militar y económica que hoy domina el mundo. Un pasado apasionante y divertido que te invitamos a conocer desde estas líneas.

La búsqueda de su independencia como nación y las ambigüedades sobre las que se fundó conforman una buena parte de este libro, que nos acerca la intrahistoria del país más poderoso del mundo, y que continúa avanzando con los avatares que le permitieron consolidarse como imperio y ya en la era moderna, tras la Segunda Guerra Mundial, alzarse con el liderazgo del nuevo orden mundial. Sin olvidar en absoluto la enorme impronta que los españoles dejamos en aquel joven territorio, al que ayudamos a erigirse como verdadera nación.